

LOS LIBROS



RAFAEL SEGOVIA

LA DIPLOMACIA

De Henry Kissinger



FCE, México, 1995, 919 pp.

En 1975, con Henry Kissinger en la Secretaría de Estado, por primera vez en su historia los Estados Unidos pierden una guerra o, para no molestar a nadie, deben retirarse sin haber ganado. Un Presidente que siempre puso el realismo por delante y tuvo además la vanidad de ser uno de los raros que aparte de tener un conocimiento excepcional de su país era un experto en relaciones internacionales, y un Secretario de Estado, antiguo profesor de política internacional de la Universidad de Harvard, deben inclinarse ante la decisión de un pueblo sometido durante casi un siglo a Francia, potencia innegable a fines del siglo pasado pero derrotada estrepitosamente al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Ese mismo año, uno de los mejores historiadores franceses de este siglo, Marc Bloch, se preguntaba después de la debacle de mayo de 1940, ¿es posible que la historia nos haya engañado? Fue un alarde de honestidad y humildad ajeno, desde luego, a un Henry Kissinger, hombre convencido de haber llevado a cabo no sólo una impecable lectura del pasado

sino también del pensamiento político de cuanto jefe de gobierno o de Estado tuvo alguna importancia desde la aparición del cardenal Richelieu en la escena mundial. La soberbia, todos lo sabemos, no es buena consejera y puede que se haya vengado del antiguo profesor de Harvard tanto como de su hiper-norteamericanismo: sólo cuanto se hace en los Estados Unidos y en sus universidades es digno para él de ser tomado en cuenta.

Los delegados franceses presentes en la conferencia de Versalles en 1919, encabezados por Georges Clemenceau, consideraban al presidente Wilson un gigante ciego y sordo, un torpe de primera magnitud en historia, sociología, geografía y política de Europa, pero dueño de un inmenso poder que sólo utilizaba para complicar hasta límites intolerables la paz de 1919. No fueron los disparates absolutos que, a instancias de Clemenceau y de los jefes militares franceses, se impusieron a la delegación alemana y la obligaron a firmar una paz cartaginesa, los atribuibles a Wilson; estos errores fueron franceses y, en ciertos casos, ingleses. Llegar a un tratado que según Tardieu, uno de los padres de la criatura, "era demasiado blando en lo que tenía de duro y demasiado duro en lo que tenía de blando" fue en gran parte obra de Wilson y de su ignorancia de la materia internacional del momento y de épocas anteriores.

Desde el primer párrafo Kissinger se sacude los problemas más graves que se plantean al historiador. "Casi como por efecto de alguna ley natural, en cada siglo parece surgir un país con el poderío, la voluntad

y el ímpetu intelectual y moral necesarios para modificar todo el sistema internacional, de acuerdo con sus propios valores". Ni Bossuet hubiera expuesto de manera más descarnada el desarrollo del providencialismo histórico. Hablar de ley natural en vez de designios de la divinidad no cambia nada el asunto. Cambiemos al pueblo de Israel, pueblo elegido que pasará su elección a la Roma cristiana, por la Gran Bretaña de Gladstone y Disraeli transmitiendo después el testigo a los Estados Unidos y advertimos el tipo de operación —histórica e historiográfica— emprendida. Como el providencialismo histórico es una concepción católica del acontecer humano, se puede recurrir al muy protestante destino manifiesto. Católica o protestante, Kissinger ve una fatalidad en la historia: "todos los órdenes internacionales parecen haber tenido una inevitable simetría", y explica: "los imperios no tienen ningún interés en operar dentro de un sistema internacional; aspiran a ser ellos el sistema internacional". En su visión de las manifestaciones históricas, complejas desde el momento en que se trata de un imperio, para ser consecuente con su propio pensamiento, advierte cómo la complejidad rechaza la flexibilidad y por lo tanto las primeras decisiones son cruciales: el destino queda fijado de una vez para siempre, y en él van los gérmenes de la grandeza y destrucción del imperio. No otra cosa afirmó J. B. Duroselle en su voluntariamente ignorada obra *Tout empire périra*: las enormes administraciones y su complejidad llegan a ser inmanejables.

Decir que a Kissinger le faltan lecturas no pasaría de ser una declaración estúpida y de mal gusto. Lecturas le sobran, pero la lectura y presencia de los clásicos de la política nos sirven a todos para precisar las vagas intuiciones que llamamos ideas y nos permiten reducir los cúmulos de impresiones a un orden más comprensible para el autor y sus lectores. Kissinger, voluntaria o involuntariamente, olvida al autor decisivo del pensamiento, de la teoría y de la sociología políticas del siglo XX. Max Weber no aparece por ningún lado, y nadie habría podido resolver mejor que él algunos de los problemas planteados por Kissinger.

El aislamiento de los Estados Unidos le permitió a los políticos norteamericanos no enfrentar los dilemas vigentes para los europeos desde que Europa tiene conciencia de sí misma. Suponer que moral personal y moral política son una sola y misma cosa sólo es posible cuando no ha habido que enfrentar una gran crisis política. Las diferencias entre estas dos morales y los dos tipos de hombres que las asumen son algo que, sin quererlo reconocer, Kissinger encuentra no sólo en la historia de los Estados Unidos sino en su vida como Secretario de Estado. Lo imposible es intentar sumar a estos dos hombres, al sabio y al político, y meterlos en el pellejo de uno solo.

Los paradigmas weberianos no mencionados surgen con dos caras, una inesperada, la de Teodoro Roosevelt, heredero directo de Richelieu y Bismarck, y otra inevitable, la de Wilson. Frente a la política de equilibrio impuesta desde Richelieu los Estados Unidos, por boca de Woodrow Wilson, buscan el ideal moral de un país excepcional por ser el único dueño de una política internacional fundada en la moral individual.

La agudeza y experiencia no aparecen de inmediato. La superioridad moral, la generosidad, el al-

truismo y la serie de virtudes anexas hacen de los Estados Unidos la nación impredecible, frente a otros intereses nacionales más o menos fáciles de calcular, que permiten prever y estimar sus límites y sus deseos. Un imperio, una vez puesto en marcha, no sabe cómo enfrentar su última frontera. Ya se señaló, un imperio no acepta un sistema internacional, un imperio quiere ser el sistema internacional.

Los imperios, los sistemas de Estados existen y, sobre todo, existieron; no fueron realidades abstractas, fueron consecuencia de hombres de carne y hueso, concretos e incluso débiles. ¿Quién de otra manera podría imaginarse a un Bismarck distraído y hasta destrozado por pasiones amorosas? Kissinger construye pues un panteón donde bajo la deidad máxima, Richelieu, se mueven dioses menores, a veces desconcertados al encontrarse en los Campos Elíseos y no en las profundidades del Averno. En algunos casos, como el de Metternich, por haber reconstruido un sistema de equilibrio europeo tan inestable, a pesar de su duración, como el ideado por Wilson, se le convierte en un semidiós. Que el primer sistema durara veinte años y el segundo treinta y tres no quita que los mismos errores se encuentren en sus orígenes. La explicación de Kissinger no satisface plenamente, hay que volver a los clásicos, y desde la vuelta de la esquina Sir Charles Webster acecha al profesor de Harvard, con su insuperable estudio sobre el tratado de Viena.

Los propios paradigmas establecidos en *Diplomacia* se convierten a veces en un engorro para el autor, que no puede evitar corregir a los hombres estudiados. Un error es un error aunque se haya cometido hace un siglo, y eso despierta un interés casi conmovedor por la relación que se establece, por ejemplo, entre Palmerston y Kissinger. El elegante pragmatismo del ministro británico se le antoja desperdiciado al profe-

sor norteamericano por no estar su política fundada en ningún principio. Mantener el equilibrio a toda costa, idea que inspiró la política inglesa desde el final de la Guerra de Treinta Años hasta 1914, permitió mantener la paz en Europa durante casi un siglo, y con ello Kissinger, mientras censura a Palmerston, introduce un nuevo tema en su obra: el de la base de la fuerza de los Estados.

El insuperable respeto por las innovaciones de Richelieu, simplificadas casi siempre, se reduce al estudio de una política interior dominada por la razón de Estado y una exterior asentada sobre el equilibrio de poderes, sustentada por las alianzas entre Estados. Hasta las revoluciones de 1848 —con el intermedio revolucionario e imperial de Francia que corre de 1789 a 1815, años modernizadores— Europa vive sobre los acuerdos logrados en la paz de Westfalia. Pero la preponderancia inglesa del XIX no se debe sólo a la Royal Navy —la auténtica protectora de la doctrina Monroe—, sino sobre todo a principios que se separan de la razón de Estado. La diplomacia ya no es un problema, al menos en la Gran Bretaña, de gabinetes y de secretos; los cañones siguen siendo la *ultima ratio regis*, pero cambian los artilleros. La perseverancia inglesa durante las crisis (en el panorama mundial del siglo XIX) se debe a la presencia de una opinión pública y a tener un carácter representativo sus instituciones políticas. De ahí se deriva que su política exterior fuera vista como interés nacional y no como ideología. El mundo contemporáneo empieza a perfilarse: las dos potencias mundiales del futuro, la Gran Bretaña ya en acto y los Estados Unidos en potencia, son, desde mediados del XIX, con cuantas dificultades se puedan imaginar, las dueñas de los escenarios del momento y de los por venir. Se han separado del resto del mundo por su política interior: “los

Estados Unidos proclamaron sus instituciones democráticas como ejemplo para el resto del mundo; la Gran Bretaña consideró que sus instituciones parlamentarias no eran aplicables a otras sociedades". Pese a este pesimismo, en los regímenes representativos, semirrepresentativos o simplemente autoritarios, la presencia del pueblo en las decisiones es inevitable a partir de la segunda mitad del siglo XIX: En Francia, el pueblo es el que exige la guerra en 1870 ante lo que se consideró un ultraje nacional.

Kissinger no es un historiador en el sentido exacto del término, al menos no sigue a los historiadores contemporáneos en la manera de encarar el pasado. No se interesa por evaluar situaciones políticas, económicas, sociales o militares. Prefiere detenerse ante atmósferas culturales, climas de ideas y opiniones públicas. Juzga —no puede nunca evitar pronunciarse, inclinar o levantar los platillos de la balanza— y lo manifiesta en oraciones que rayan en el aforismo. La agudeza y la capacidad de síntesis son seguramente sus mayores virtudes, aunque lo lleven con frecuencia a generalizaciones no siempre convincentes. Pero también le brindan aciertos deslumbrantes. Por ejemplo, su somero y preciso análisis de los revolucionarios que, si bien parten de una inferioridad de fuerzas, "prevalecen porque el orden establecido no es capaz de comprender su propia vulnerabilidad... el desafío revolucionario no comienza con un ataque a la Bastilla, sino que se pone un atuendo conservador. Pocas instituciones tienen defensa contra quienes despiertan la esperanza de que ellos van a defenderlas".

Arbitrario más que equitativo, no duda y manifiesta sentimientos y fobias personales en más de una ocasión. Desprecia la diplomacia, la petulancia y la pretendida superioridad de los franceses, pero no

duda en deshacerse en loas a Stalin que "fue, sin duda, un monstruo; pero en la dirección de las relaciones internacionales él fue el realista supremo: paciente, astuto e implacable, el Richelieu de su época". Su problema, en un libro como éste, que oscila entre ser un *Lazarillo de ciegos caminantes* o un *Tratado de relaciones internacionales*, estriba en juzgarse a sí mismo, en dictar sentencia sobre su actuación como Secretario de Estado. Nada mejor que repartir culpas para salvar su imagen. 250 mil soldados del Norte y 250 mil guerrilleros derrotaron a 500 mil soldados norteamericanos a los que se sumaban 700 mil soldados de Vietnam del Sur. Pueden ponerse las culpas donde se quiera pero el hecho está ahí y a él le cayó el deber resolver esa derrota, la primera en la historia del país más poderoso del mundo. La culpa la transfirió en parte a Nixon y a sus obsesiones, así como a los presidentes que involucraron a los Estados Unidos en el conflicto e inventaron una política —la contención— sin advertir la imposibilidad de poderla mantener. El desenlace del drama norteamericano en Vietnam, pasadas las recriminaciones, fue el triunfo de los "austeros héroes" asiáticos que hubo de enfrentar en las conversaciones y acuerdos de París.

La nación más poderosa del mundo continúa encerrada en su dilema, en la angustia de verse obligada a elegir entre sus principios y su imposible moral, y un realismo inaceptable que es un vicio europeo repugnante para un espíritu ansioso de justicia como el suyo. Al ponerlo ante los ojos de los Estados Unidos, les hace el mejor favor que un hombre decisivo en su momento pudo hacer a su país, aunque en el camino de su discurso nos separemos cuando su nacionalismo reduce el campo y la profundidad de su análisis. 

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ
MICHAEL

LA GUERRA CIVIL EUROPEA Y NIETZSCHE Y EL NIETZSCHEANISMO

De Ernst Nolte



La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo, FCE, México, 1995; 516 pp.
Nietzsche y el nietzscheanismo, Alianza Editorial, Madrid 1995; 294 pp.

Ernst Jünger fue, quizá, el primero en insistir, en sus diarios y tratados, en que el siglo XX sería recordado por los historiadores como el escenario de una sola Guerra de los Treinta Años, dividida por una dudosa tregua y protagonizada dramáticamente por Alemania y Rusia. *La guerra civil europea, 1917-1945*, del historiador alemán Ernst Nolte, desarrolla minuciosamente esa hipótesis, pintando un cuadro estremecedor de la *movilización total* en busca de un *Estado mundial* de naturaleza totalitaria. Esta idea no es nueva. Fue expuesta desde los años treinta por los nacionalbolcheviques como Ernst Niekisch —íntimo de Jünger— y por un disidente trotskista como Bruno Rizzi. Pero la investigación de Nolte es una detallada apuesta empírica por demostrar la simetría entre el nacionalismo hitleriano y el bolchevismo estalinista. Auschwitz y el Gulag serían el desenlace previsible del poder totalitario y la conclusión de un "trueque de atributos" entre Berlín y Moscú.

La guerra civil europea, 1917-1945

causó en 1987 una agria polémica en Alemania Occidental, querella que la reunificación y el derrumbe de la URSS en 1990-1991 exacerbaban hasta el escándalo. Ocurrió que Nolte (1923), discípulo de Heidegger en Friburgo, filósofo de formación, rebasó la empatía nazismo/estalinismo desarrollada por Hannah Arendt y otros teóricos del totalitarismo que provenían de la izquierda. Nolte, en cambio, es un orgulloso nacionalista alemán empeñado en liberar a Alemania de la culpa unilateral por la guerra y el Holocausto, corresponsabilizando a la Internacional Comunista de la masacre.

Nolte, obviamente, repudia el Tratado de Versalles como una humillación sin paralelo en la historia moderna. Pero, en su opinión, Alemania fue víctima de algo peor, una agresión extranjera iniciada por los espartaquistas en 1918 y que culminó hacia 1923 con el fracaso de los golpes comunistas contra la República de Weimar. El bolchevismo, para Nolte, era una fuerza externa, ajena a la tradición alemana y al propio movimiento obrero del país. Lenin, Trotsky y Radek planearon infructuosamente una guerra de intervención soviética que bajo el estandarte de la revolución mundial desencadenó una reacción defensiva extrema: el nacionalsocialismo de Hitler y Röhm.

En 1933 un hijo legítimo de la sociedad abierta —como Nolte llama a Hitler— toma el poder para salvar a Alemania del Partido Comunista, legión extranjera responsable del hundimiento de la República de Weimar. La conocida admiración de los nazis por el bolchevismo como vanguardia militante es elevada por Nolte a la categoría de una metódica imitación ideológica y política: Nada hay de originalidad en el hitlerismo, desde el *putsch* de Múnich hasta la Solución Final. Sin el arsenal marxista-leninista, advierte Nolte, el nacionalsocialismo hubiera sido otra forma vulgar de militarismo germá-

nico. La idea del exterminio total de una parte indeseable de la población es obra de Trotsky y Kaménev, quienes durante 1918-1921 diseñaron el arquetipo de la Solución Final. Hitler, tardíamente, se limitó a cambiar como objetivo terminal a la burguesía por los judíos. El antisemitismo, agrega Nolte, es una constante de la sociedad cristiana y la asimilación entre capitalismo y judería es obra de Marx y Lasalle antes que de Bismarck o el pangermanismo. Para Nolte toda tentativa de exclusión de los judíos de la vida gentil es antisemitismo, de tal forma que el sionismo es una variedad positiva de éste, que el nazismo, según el historiador, estimuló hasta cierto punto.

Alumno aventajado, más de Lenin que de Mussolini —relegado a un folklórico segundo plano—, Hitler fue un caudillo antimarxista que respetó la legalidad burguesa inclusive hasta 1938, cuando los frentes populares antifascistas, rehenes de la URSS, pusieron en peligro el espacio vital alemán. Eso dice Nolte para explicar la invasión de Austria, Checoslovaquia y Polonia.

La disección de la sociedad estalinista realizada por Nolte responde cabalmente al modelo teórico del marxismo disidente occidental: un universo concentracionario inédito en la historia, del que Hitler apenas tuvo tiempo de esbozar una réplica. Antes de la guerra, dice Nolte apoyándose en testimonios que van desde Gide hasta los propios judíos alemanes, la Alemania nazi era, siempre en comparación con la URSS, un régimen autoritario aun asimilable a la democracia occidental. El historiador alemán no oculta que la tendencia sistemática del nazismo era la movilización total y el exterminio de las minorías, pero parece preocuparle más la locura autodestructiva de Hitler que empujó al país hacia el basurero de la Historia. La imitación hitleriana del bolchevismo, se infiere en Nolte, pecó por arrebatada e imperfecta.

Stalin, se nos dice, imitó a su vez la cacería de Röhm y sus SA para efectuar el asesinato de Kirov en 1934, y las grandes purgas que le siguieron sólo completaron el "trueque de atributos" que culminaría en el letal pacto germano-soviético de 1939. Nolte cree que el acuerdo entre Ribbentrop y Molotov unía a dos Estados hermanados por la sangre y la leche, en una alianza consecuente contra la decadente civilización democrática. Recuerda, dato poco conocido, que el sorprendente pacto desilusionó no sólo a miles de comunistas, sino a la ortodoxia nazi (Goebbels y Himmler), cuyo cerril antibolchevismo se vio traicionado contra la alegría rusófila de un Goering. Nolte demuestra fehacientemente que el partido nazi era tan plural en 1938 como lo había sido el bolchevique diez años atrás, antes del destierro de Trotsky. Y Nolte pone en duda que la invasión alemana de la URSS en 1941 haya sido una traición: fue, quizá, otra acción preventiva contra la violación soviética, en Finlandia y Besarabia, de los protocolos secretos de 1939.

Como el conde von Stauffenberg y los conjurados de 1944 contra Hitler, Nolte no rechaza al *führer* por inherencia de atributos, sino por la imposición de una delirante guerra en dos frentes que hundió a Alemania. Con Max Weber y Carl Schmitt, Nolte asume la legitimidad histórica del nacionalismo alemán, cuya tragedia ha sido la desmesura wagneriana.

Tras esta exposición histórica, es comprensible que el punto más delicado de *La guerra civil europea, 1917-1945* sea el examen de la Solución Final. Sería tendencioso decir que Nolte es un revisionista, pues no niega la existencia de los campos de exterminio —incluso los describe con detalle para compararlos con el Gulag. Su tesis es más escandalosa: habiendo tenido lugar, el Holocausto es irrelevante, carece de peculiaridad histórica o moral, siendo uno más de los episo-

dios truculentos de la guerra civil europea. El antisemitismo nazi, para Nolte, es anecdótico.

Ernst Nolte es un falso empirista que al no pronunciar juicios de valor se imagina sibilino, más allá del bien y del mal. Niega toda moral de la responsabilidad sobre la historia, río de sangre que no cesa, bendecido como tal desde Homero, cuyas epopeyas, dice Nolte, autorizan y anuncian el exterminio masivo de un pueblo por sus vencedores. Inmoralidad disfrazada de "objetividad histórica", la del doctor Nolte es una toma de partido por la causalidad diabólica. El rechazo absoluto de la ilusión comunista —peor, si cabe, que la nazi por haberse travestido de un humanismo— no atenúa, ni explica como causa/efecto el horror nazi. Así lo demuestra François Furet en su reciente obra maestra.

Gran historiador de la guerra ideológica, Nolte es un pésimo intérprete de la historia alemana. Un nacionalista sin nación. Ni una sola de sus averiguaciones sobre la génesis del nazismo remite a la cultura germánica o europea: Novalis, Herder, Carlyle, De Maistre, Gobineau o Drumont brillan por su ausencia como antecedentes de la guerra civil europea. ¿Hitler, hijo único de Lenin? Por ello, en busca de una explicación, hay que leer *Nietzsche y el nietzscheanismo* (1990), farragosa exposición profesoral, donde Nolte enseña el cobre escondido tras la tupida vegetación documental de *La guerra civil europea, 1917-1945*. En su último opúsculo, el profesor alemán se rinde devotamente ante Marx y Nietzsche como los padres de esa fascinante guerra civil europea que narró con sospechosa frialdad. En el profeta judío del socialismo y en el visionario antisemita del Superhombre, Nolte encuentra la pareja en el paraíso que encarnó la grandeza perdida de Alemania, matrimonio entre Rosa Luxemburgo y el doctor Goebbels, promesa de un "pensamiento fuerte" que nos re-

cuerde a Marx y Nietzsche, los titanes germánicos que incendiaron el siglo. *Nietzsche y el nietzscheanismo* culmina con un elogio desabrido y vergonzante de Benito Mussolini, el socialista radical que al inventar el fascismo sintetizó a Marx y Nietzsche. La utopía de Ernst Nolte es el viejo nacionalbolchevismo, esa salvación del Trabajador Ario postergada por la inoportuna querrela entre Hitler y Stalin. La obra de Nolte es una negación razonada y punzante de la universalidad de los valores liberales y democráticos. Pero sobrecega por hacernos sospechar que la Guerra de los Treinta Años acaso no haya terminado. ■

FERNANDO ESCALANTE
GONZALBO

¿USOS Y COSTUMBRES?

■

- Rosa Isabel Estrada Martínez, *El problema de las expulsiones en las comunidades indígenas de los altos de Chiapas y los Derechos Humanos. Segundo Informe*, CNDH, México, 1995; 123 pp.
- Carmen Cordero Avendaño, *Contribución al estudio del Derecho Consuetudinario triqui*, CNDH, México, 1995; 146 pp.
- Walter Beller Taboada (coord.), *Las costumbres jurídicas de los indígenas en México*, CNDH, México, 1994; 120 pp.
- R.I. Estrada Martínez y G. González Guerra (coord.), *Tradiciones y costumbres jurídicas en comunidades indígenas de México*, CNDH, México, 1995; 244 pp.

No es probable que la discusión sobre el derecho indígena, resucitada hace algunos meses, llegue a buen puerto. Como suele ocurrir en

casos así, los argumentos y razones son muy secundarios junto a las imperiosas urgencias de la política. Pero puede aprovecharse la discusión, porque es ejemplar en varios sentidos; es una clara muestra de algunos de los vicios más característicos que tienen semejantes polémicas entre nosotros.

El más notorio es la ignorancia de los discutidores. Hablan unos y otros con enojosa solemnidad de los usos y costumbres indígenas sin saber en qué consisten, de modo que donde tendría que haber razones concretas no hay sino vaguedades y declaraciones elípticas. El debate, ya casi metafísico, se resuelve en una competencia estólida de frases grandilocuentes. Es lo de siempre pero, tratándose de asuntos indígenas, la obcecación viene acompañada por la inevitable salmodia del sentimiento más chabacano y hueco.

En medio del barullo, el libro de Rosa Isabel Estrada sobre las expulsiones de San Juan Chamula, publicado por la Comisión Nacional de Derechos Humanos, es una apreciable rareza. Junto con los otros cuatro o cinco títulos sobre temas afines editados por la misma comisión, es una lectura indispensable para quien quiera hablar con seriedad de las costumbres jurídicas de los indígenas mexicanos.

En algunos de estos libros estorba la pesadez del estilo, entre didáctico y burocrático, propio de las declaraciones del gobierno; en otros, en particular en varios de los ensayos reunidos en *Tradiciones y costumbres jurídicas...*, se acusan la propensión demagógica y el tono declamatorio que imperan en nuestras ciencias sociales. Pero en general su lectura es útil, si no placentera.

Para empezar, todos ellos informan, en concreto, sobre los usos y costumbres de los diversos grupos indígenas mexicanos; información indispensable si se quiere hablar con alguna precisión sobre la ma-

nera de "hacerlos compatibles" con el resto de la legislación nacional.

Del más somero repaso de los textos se concluye que el espíritu de las costumbres jurídicas indígenas es, casi en todo, contrario no sólo a la Constitución sino al espíritu de las declaraciones de Derechos Humanos. No deja de ser curioso que sean éstas, precisamente, el apoyo más socorrido para defender su restauración. Es lógica, por otra parte, la contradicción: los Derechos Humanos procuran la defensa del individuo contra cualquier servidumbre, mientras que las costumbres indígenas buscan la preservación de la comunidad.

Tomados de uno en uno, los usos tradicionales parecen poca cosa, y puede pensarse que no sería difícil prescindir de algunos. Todo lo contrario. Se apoyan unos a otros en un sistema coherente y cerrado, con una inercia propia. Persiste, por ejemplo, la poligamia como señal de prestigio de los principales; es frecuente, asimismo, que se castigue el adulterio con azotes o se autorice al marido a vengarse asesinando a los culpables; a la vez, se perdona la violación de una muchacha virgen siempre y cuando el agresor se case con su víctima. Todo ello porque los vínculos familiares tienen una significación política: deciden la cohesión y el equilibrio de la comunidad, que no pueden ser asunto privado. Por la misma razón se hace responsable a la familia extensa de las deudas de cualquiera de sus miembros.

Tampoco hay distinción entre lo político y lo religioso, entre autoridades administrativas y judiciales, y de ahí que sea posible expulsar a los fieles de otra religión y condenar a muerte a los brujos. La preservación de la comunidad requiere no sólo la disciplina sino la disolución de los intereses, deseos y

apetitos individuales. El mismo propósito explica el trabajo forzoso no remunerado en las faenas que deciden los principales, la obligación de asumir los costos de cargos religiosos y la predilección por los castigos públicos y ejemplares, como el cepo y los latigazos.

Es obvio que todas esas costumbres, y muchas otras, son incompatibles con el orden jurídico mexicano. Pero lo más impresionante de los libros comentados no es eso sino la conclusión, evidente, de que la mayor amenaza para el orden tradicional proviene de los propios miembros de las comunidades que intentan cualquier cosa al amparo de las leyes mexicanas. Por eso en ocasiones es necesario expulsarlos, y por eso les urge a los caciques indígenas que se reconozcan y se impongan sus normas.

El problema es viejo ya, aunque sólo haya encontrado notoriedad en los tiempos recientes; por muchas razones —en particular la presión demográfica y los cambios en el orden económico— el sistema normativo tradicional de las comunidades ha encontrado límites insuperables y el entendimiento que existía entre los caciques y el Estado mexicano no puede sostenerse. Pero la transición ha dado lugar a episodios trágicos —como las expulsiones masivas— que conviene conocer mejor.

Sobresale, por dicho interés, el libro de Rosa Isabel Estrada, cuyo propósito es identificar las causas últimas de los conflictos que han provocado las expulsiones. En el plano más general está el problema obvio de la presión demográfica sobre la tierra; lo más urgente, sin embargo, es entender la trama en que se cruzan la miseria, las costumbres tradicionales y el poder de los caciques para producir la violencia que conocemos. En ese em-

peño, el texto de Estrada es ejemplar: en la mejor tradición de la ciencia social (infrecuente en México), elabora una explicación sumamente simple, documentada con todo rigor, que parece primero sorprendente y después casi obvia.

No quisiera que nadie se ahorrase la lectura, de modo que apenas apunto el nudo de su argumento: en el origen de las expulsiones está la homogeneidad en el régimen de propiedad de la tierra. Cuando ocurre esto, como en San Juan Chamula, y la tierra es por entero comunal y ejidal, no hay obstáculos para el predominio de las autoridades tradicionales; no hay tampoco otros intereses estructurados ni otra forma de relación con el exterior. Una pequeña elite de aguardenteros, transportistas y usureros, apoyada en la rigidez de las costumbres, clausura el acceso y controla todos los intercambios de la comunidad con el mercado, con el gobierno y con el resto de la sociedad; es la misma elite que mantiene copados los cargos políticos y religiosos y que, con toda razón, se defiende de cualquier novedad. Con toda la violencia necesaria y con el argumento, muy de moda, de la preservación de la identidad.

Mi resumen es exagerado y acaso injusto. Una de las mayores virtudes del libro de Estrada es su simplicidad, que no ignora la complejidad del problema, y que en su explicación caben todos los matices. Con todo, si tiene razón, el propósito de restaurar el orden tradicional y apuntalar la cohesión y el aislamiento de las comunidades augura un futuro de inestabilidad y de violencia. Es cierto que, en esto, razonar no sirve de mucho; puede servir, no obstante, la lectura de libros como los aquí comentados para moderar algunos disparates fruto de la ignorancia. 

ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO

ENSAYOS SOBRE POESÍA

De Gabriel Zaid



Obras, 2. El Colegio Nacional, México, 1993.

La reciente edición de los primeros 17 años de *Vuelta* recoge una foto de sus fundadores. Ese retrato de grupo no merecería mayor comentario si no fuera porque en él uno de los fotografiados no aparece, o mejor dicho, aparece sin aparecer: tenemos su silueta sombreada, su contorno en negro.

Por el pie de foto nos enteramos que esa silueta "es", si así puede decirse, Gabriel Zaid. Recordé la foto mientras leía sus primeros ensayos: los recogidos en *La poesía en la práctica* (libro que, por cierto, me fue obsequiado en la librería al pagar otros bastante malos). En esas páginas Zaid habla, entre otras cosas, del escritor-personaje, del Autor que se confunde con la Primera persona literaria. En la relación entre el Poeta y la Ciudad, el primero está siempre tentado por dos posibilidades públicas: ser el bohemio que asume su voz en medio de un mundo que lo excluye, que lo deja en la calle; o ser el escritor-transeúnte que admite su obra como una cosa entre las cosas, y que confía en que su autoridad encontrará un prójimo (o mejor, dos) aún en su ausencia. Es bastante obvio, por lo que cuento arriba, que Gabriel Zaid no es un Bohemio ni tampoco un escritor que use al Personaje como medio de expresión. No deja, en cambio, de ser un escritor-personaje, una figura más o menos pública, hecha,

en este caso, de ese perfil oscuro y elusivo de la foto, de esa ausencia, tanto como de sus obras, reagrupadas ahora en una nueva edición.

Creo que la figura pública de Zaid ha fomentado entre algunos lectores y no-lectores mexicanos una especie de culto (él diría: cierto "crédito") que tiene como ingredientes, además de sus magníficos libros, un poco de mitología. Una mitología hecha —cito en desorden algunas referencias provenientes de la tribu, sin comprobar su veracidad— de su negativa a las festividades literarias, de su lucidez política (confundida a veces con el don de la profecía), y —grandísima paradoja— de que Zaid es uno de los pocos intelectuales mexicanos que se dedican a los negocios y, además, tiene éxito en ese *mundus*, tan lejano para los poetas, que son las finanzas privadas. La paradoja es doble: primero, tratando de huir de las imágenes, Zaid ha terminado por crear otra; segundo, esta imagen debe bastante a una separación entre la poesía y, digámoslo así, los negocios, separación que el propio Zaid ha tratado siempre de desmentir. Su pudor, en medio de una Ciudad impúdica, ha terminado por ser excéntrico; su sentido común, original; y su estilo, ambrosía para un cenáculo con adeptos fervientes que, sin embargo, no comulgan muy a menudo.

Que así sea. Zaid seguirá siendo pudoroso (uso este adjetivo para traducir la siguiente frase: "Preguntarle públicamente a alguien por sus versos es como saludar en la calle preguntando: ¿Cómo está usted, don Fulano? ¿Y su querida?"), original e inteligente. Pero seguirá siendo también un poeta en la Ciudad, un Personaje.

Gran parte de los ensayos de Zaid me interesa por eso que alguna vez llamó "franqueza regiomontana": es uno de los pocos escritores mexicanos que hablan del dinero. Su estudio de las variantes mitológicas de relación entre el Poeta y la

Ciudad encuentra en la economía el origen (considerado casi siempre vergonzoso) de los papeles en el retablo social. Y es uno de los pocos que no le echan la culpa a la economía de las desgracias de la poesía.

La razón es muy sencilla: nadie conoce mejor el mundo de la metáfora que un economista verdadero, nadie sabe más del fetichismo, de las ilusiones, del arte del *metaphorizing*, del "hacer pasar una cosa por otra", que aquel que se encuentra en un trato constante con la "teatralidad de los negocios", y que considera la poesía y la práctica como vasos comunicantes en el orbe más vasto de la creación. Que no es otro que el mundo mismo, si nos despojamos de las anteojeras de los especialistas y de la incultura disfrazada de elitismo.

No es nada fácil, pero Zaid se las arregla para que lo parezca. En eso (y en muchas otras cosas) recuerda a Ortega y Gasset, el último filósofo que habló de un mundo práctico inseparable de un mundo creativo. En México, un país dominado por el culto romántico al Caudillo Creador, la obra de Zaid posee la excentricidad del *common sense*, como aquel ensayo de T.S. Eliot que, en contra de Wordsworth, descubre que lo sublime no es tanto la emoción como el talento. Bastante anti-romántico es Zaid, y ahí está su ensayo "La ambición de una poesía total" para demostrarlo, para explicarnos cómo y por qué el anti-romanticismo puede convertirse en una virtud literaria.

"La ciudad y los poetas —dice Zaid en una nota elocuente— acepta que la poesía no es negocio, pero así desemboca en otra visión de los negocios y de la poesía en la práctica social (actuar: *práctein*). La *máquina de cantar* acepta que hay computadoras que hacen versos, pero así replantea el proceso creador y observa la poesía en la práctica física (producir: *poëin*). Hay poco que agregar. Salvo un paralelismo "políticamente incorrecto": el que une a

Zaid con Ezra Pound por medio de una idea de Frobenius: el Paideuma, la cultura regida por la utilidad creativa de las ideas prácticas.

Sumando eso que C.P. Snow llamaba "las dos culturas", tradicional y humanista más científica y técnica, Zaid encuentra al tercero excluido, un "curioso" escenario para la poesía: la realidad, su obvia presencia en el mundo físico. *La máquina de cantar* propone una reflexión sobre los principios de la analogía, la técnica y la creación literaria, la máquina del mundo y el azar. Algunos de esos ensayos fueron publicados hace más de dos décadas y todavía dan razones. Otros, preocupados por las computadoras y su capacidad para reproducir la realidad o para crearla, han perdido algo de su interés. Hoy el problema de la cibernética y la creación no estriba tanto en la noción de "combinatoria" reproductiva o de "prótesis" sino en las bases mismas de eso que entendemos por "realidad". El problema de la llamada "realidad virtual" y los recientes debates sobre su "aplicación" al arte ya no ilustran tanto esa perspectiva pitagórica que expone Zaid; plantean otro tipo de argumentos, más cercanos, en todo caso, a Platón, o al tratado *Sobre los ángeles* de Santo Tomás.

El segundo bloque del libro, *Leer poesía*, recoge ensayos con obsesiones diversas: desprendimientos críticos, nuevos discursos sobre el método y los nombres, de dos antologías: *Ómnibus de poesía mexicana* (1971) y *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1980); el interés por la tradición de la poesía popular, y, dicho en pocas palabras, una historia personal de la poesía mexicana moderna que, al parecer (véase "La pica en Flandes") Zaid concibe como un torneo entre López Velarde y Goroostiza. Hay también algunas muestras de encuestas y de ratings, lecciones para quienes creen que la literatura no tiene nada que ver con los números.

La última parte del libro, *Tres poetas católicos*, son ensayos sobre Ramón López Velarde, Carlos Pellicer y Manuel Ponce: escritores posteriores al modernismo, sonetistas con audacias de vanguardia y católicos que "no encajaban en los clichés de la cultura católica." Es una parte voluminosa, ocupa casi la mitad del libro y (que Zaid me perdona la pobre estadística) en realidad está dedicada preferentemente (120 de 250 páginas) al autor de *La suave patria*. Entre esos ensayos hay algunos que ocasionaron polémica: la más conocida es, quizá, la de Zaid y Guillermo Sheridan a propósito de la sífilis del poeta. El ensayo en cuestión, "Aclaraciones sobre López Velarde" ha sido revisado después de aquella disputa, aunque la tesis inicial sigue en pie: no hay documentación confiable que pruebe tal hecho. No puede haberla, puesto que estaban los prejuicios de por medio —dijo Sheridan en su momento. En realidad, aquella polémica, autopsia paralela del mismo Personaje, tenía un subtexto que ahora se ve mejor. López Velarde, escindido entre el *maudit* burdelero y el romántico criollo de provincia que habría muerto en realidad de neumonía combinada con una gran depresión nerviosa, sirve a Zaid para ilustrar la idea de que cierto catolicismo mexicano soñó con la modernidad, de que había "poetas y artistas que creyeron que era posible ser católicos y modernos". Esta sección está precedida, justamente, por uno de los mejores ensayos de Zaid, "Muerte y resurrección de la cultura católica", donde se hace la historia de dos criaturas excomulgadas mutuamente: la cultura moderna y la cultura cristiana. Con el espíritu ecuménico que lo caracteriza, Zaid intenta explicar esos rechazos característicos de la que López Velarde llamaba "laica era". Y su historia es perfecta hasta que busca indicios de "una cultura católica posmoderna". Son muy pocos y muy poco

importantes. Hay muerte y enterradores abundantes, pero la resurrección es debilísima si la comparamos, por ejemplo, con el despertar del Islam. Ensayos sobre Pellicer, Ponce y una nota sobre algunos poemas de Reyes cierran un panorama de la cultura católica en México. Cierran también este tomo de *Ensayos sobre poesía* que, como hemos visto, habla también de muchas otras cosas.

Si tuvieramos que trazar un corte transversal en esas páginas encontraríamos que giran, en realidad, sobre dos obsesiones que son también las dos obsesiones de la poesía de Zaid: *la transparencia* y *el obstáculo* (feliz título de un libro de Jean Starobinski sobre Rousseau). La transparencia correspondería a una especie de utopía poética, posible en eso que Kierkegaard llamaba "el estadio estético de la personalidad". Utopía de Zaid en un mundo y un tiempo obsesionado con lo que él mismo llama el "más cuantitativo"; Edad de Oro que toma la forma de una reducción del verso al mínimo cualitativo. El obstáculo esencial, aquel al que, como decía Pound, "no hay que sumar obscuridades", sería, simplemente, la presencia de los lectores, las trampas de lo comunitario. Desde *La ciudad* y *los poetas*, Zaid hizo notar que ni la economía ni la literatura dependen tan sólo de sí mismas; estaban, y están, atadas inevitablemente al mundo de las ilusiones, que es también el mundo del engaño, el orbe de la pública mentira. "Somos —dice Zaid— animales fantásticos. O quizá mejor, heliotrópicos". Aceptemos un principio expuesto en aquellos ensayos: las múltiples mediaciones de la economía o del mundo literario son resultado del carácter comunitario de ambas expresiones. Sería bueno que no existieran y que Zaid celebrase con su público un festín revelador equivalente a la plaza de toros. Sin embargo, mediaciones, ilusiones y mentiras existen y forman parte de eso

que llamamos realidad. Son el obstáculo, el contorno ilegible de una foto, la mancha que empaña el cristal del nombre o de la metáfora. "Lo inadmisibile —termino con una frase de Zaid que parece un aforismo taoísta— es hacer que se ve, o peor aún 'ver' lo que no se ve".

JUAN GOYTISOLO

SOBRE UNA PIEDRA EXTREMA

De Andrés Sánchez Robayna

Ave del Paraíso, Madrid, 1995.

En un celebrado rasgo de humor, Francisco Rico daba la vuelta, como a un calcetín, a uno de los tópicos más sobados de la comunidad literaria. "El novelista, decía, es un crítico frustrado". La frase podría extenderse también, a mi entender, al gremio facundo de los bardos cuya indignancia patética en achaques de oficio e incapacidad de analizar con rigor mínimo la presunta tradición que invocan se dan casi siempre la mano. Gracias al mejor conocimiento del pasado y de otras áreas culturales y al estudio cada vez más riguroso de la estructura del lenguaje y sus mecanismos generativos, los grandes poetas del siglo XX suelen ser a la vez grandes críticos. Por ceñirnos ahora al ámbito de nuestra lengua, vayan de ejemplo los nombres de Cernuda, Lezama Lima, Octavio Paz o José Ángel Valente, cuya creación no puede ser cabalmente entendida sino en correlación con su forja consciente de un linaje o árbol literario que con amor y esmero prolongan y encumbren.

Andrés Sánchez Robayna (Las Palmas, 1952) —probablemente el poeta más nítido y singular, junto a José-Miguel Ullán, aparecido en España en las últimas décadas— confirma con fuerza excepcional dicho aserto. Sus ensayos en torno al autor de *Soledades* —*Tres estudios sobre Góngora* y, en especial, *Silva gongorina*— fueron acogidos en España con el denso silencio que acompaña entre nosotros a todo lo que es nuevo y juzgado como una potencial amenaza al saber precario de sus mandarines (las cosas han cambiado muy poco desde los tiempos de Blanco White, Larra, Clarín y Cernuda). Ello no obsta a que sean hoy punto de referencia indispensable a la exégesis del gran cordobés, como lo fueron decenios atrás los comentarios y tratados de Dámaso Alonso y Lezama Lima.

Lo que distingue a Sánchez Robayna del tropel de epígonos e imitadores de maestros en boga (¡los cien mil hijos de Kavafis!) cuya garrulería y confusión ensordecen aún nuestro alborotado Parnaso, es la estrictez nodular del verbo, ceñido a lo elemental, alquitarado por la experiencia de quien ha aprendido a decantar sus lecturas y a expresarse con voz propia. Si la enjundia y calidad de sus versos se manifiestan ya de cierto en obras anteriores (*Clima*, *La roca*, *Fuego blanco*) alcanzan hoy su verdadera dimensión en las composiciones reunidas en *Sobre una piedra extrema*.

Una cala en los poemas de "Más allá de los árboles" nos impregna de esa emoción inherente a la busca de los límites: la extinción, sin posible retorno a la substancia. El viento, el ramaje, los nudos vegetales, la materia del mundo se subliman en poemas leves, concisos, aerícolas, que parecen emanación de la luz. Los cuatro elementos se funden en su sobrecogedora abolición. ¿Cómo atrapar lo suspendido, inasible, disuelto en la bruma, presa de una oscura voracidad?

Solamente más tarde iba a saberlo cuando el lenguaje habló, y tan sólo llegó el lenguaje a ser la destrucción de cuanto conocía. Y era, al mismo tiempo, la construcción de todo. Y volvía otra vez a los árboles, aún no sabía del lenguaje sino sólo su enigma.

Regresamos al inicio, al fuego primigenio y viento devastador que esculpieron el paisaje isleño del poeta, confiriéndole su bella, atormentada desnudez. El retorno al silencio a través de la palabra depurada nos remite a la ascesis de los grandes contemplativos, a esa "Contemplación de la luz del asimiento", "de la luz de los velos", "de la perplejidad a la salida de la estrella de la nada" de la que nos hablaba Ibn Arabi. La desposesión y desarrimo de lo continente son a un tiempo los del paisaje y poema. Los ciclos solares, como reiteradas teofanías, ilustran y ocultán el territorio de piedra y vegetación escueta: la interrogación del espíritu lábil a lo que le sobrevive y perdura con misteriosa tenacidad.

¿Qué es esta piedra extrema con la que tropezamos y asumimos a su contacto el trago amargo de nuestro ser precario? La voz del poeta susurra inaudible en el desierto, en el desamparo del arúspice que busca la entraña y la interroga sobre el engaño de la luz y la aniquilación de la propia identidad:

¿La piedra se atormenta como la carne? Pudo parecerme que un estremecimiento la cruzaba o era sólo la mano sobre el borde que contagió a la piedra su temblor.

Y eran entonces, sólo uno piedra y temblor y atormentada

[carne]. Palabra mineral, palabra luz: anhelo subyacente de lo orgánico en su imposible afán de perdurabilidad. Andrés Sánchez Robayna ha

sabido ahondar en el magma de nuestra incertidumbre y extraer la luz de lo oscuro.

¿Qué más puede pedirse a un poeta? ▀

FABIENNE BRADU

LA LOTERÍA DE SAN JORGE

De Álvaro Uribe



Editorial Vuelta, México, 1995, 180 pp.

Conocí a Álvaro Uribe en París hace ya casi veinte años. En ese entonces llevábamos relaciones clandestinas, porque él trabajaba en la Embajada de México y yo, en la representación del mismo país ante la UNESCO. Por razones que hoy todavía ignoro, nuestros respectivos jefes se tenían un recelo que se traducían, entre otras cosas, en una reprobación de los posibles contactos entre el personal de las dos representaciones diplomáticas. Por puro juego y también por simpatía, transgredíamos la consigna y nos reuníamos de vez en cuando en algún café o restaurante parisino para comentar la actualidad y, sobre todo, hablar de literatura. Nuestra "clandestinidad" era, por lo tanto, muy relativa, pero quizá haya despertado en Álvaro Uribe la curiosidad por los resortes humanos que subyacen a estas actividades y que son el tema de su novela: *La lotería de San Jorge*.

Volví a encontrarme con Álvaro años después, cuando desempeñaba el cargo de agregado cultural en Nicaragua en los tiempos finales del sandinismo. Cualquiera que vivía los días caldeados de Managua

conocía la tentación del testimonio. El alud de reportajes y crónicas que invadió la prensa internacional tal vez sólo sea comparable con la avalancha chiapaneca de hoy. Sin embargo, a excepción de relatos y novelas de pura cepa sandinista, la experiencia revolucionaria no dio lugar a la ficción literaria, forzosa-mente más compleja que la crónica o el análisis político. No creo equivocarme si afirmo que *La lotería de San Jorge* es la primera novela que tiene como trasfondo la epopeya sandinista, desde sus orígenes hasta su caída final, y que se empeña en recrearla dentro de una verdadera ficción literaria. Es importante recalcarlo desde un principio: *La lotería de San Jorge* es ante todo una novela, un proyecto literario que rebasa la simple voluntad del testimonio.

Para despejar toda duda al respecto, Álvaro Uribe ha inventado una nomenclatura geográfica y política que impide toda referencia directa al contexto original. Sin embargo, las claves son fácilmente descifrables: el Frente Facundista sería el Frente Sandinista de Liberación Nacional, San Jorge, Nicaragua, el general Guardián, un remedo de Somoza, el volcán Tamarere, el Momombo que cantaba Victor Hugo en uno de sus poemas, y así sucesivamente. Por lo tanto, hay que pensar que las claves son un disfraz endeble de la realidad que sirve de contexto a la novela. Se antoja que la intención de Álvaro Uribe fue otra que la de un simple maquillaje escenográfico. Es más bien una manera de indicar que el verdadero tema de la novela va más allá de la reconstrucción histórica y que se sitúa, a mi parecer, en los oscuros subterráneos de la traición y del desencanto. En este sentido, es verdad que poco importa si *La lotería de San Jorge* se enmarca en el contexto de la revolución sandinista porque podría retrasar cualquier otra aventura similar, entre el sinnúmero de rebeldías que asolaron América Latina

desde las guerras de independencias hasta nuestros días. Los protagonistas de *La lotería de San Jorge* no son estereotipos, sino individuos que, gracias a los accidentes que sólo la ficción literaria puede provocar, encarnan vicaria y tangencialmente la historia de una nación.

En la novela queda la huella del cuentista que hasta ahora conocíamos en Álvaro Uribe. Su prosa limpia rehuye la espectacularidad, los falsos barroquismos y las innecesarias comas para apostarle principalmente a la eficacia narrativa. *La lotería de San Jorge*, su primera novela, está construida como una suma de historias que, si bien progresan según una cronología lineal, traman unos inesperados entrecruzamientos entre los personajes que las animan. Así vemos cómo, de un capítulo a otro, a pesar de las capitulaciones y de las traiciones, la revolución prosigue su marcha como un monstruo que renaciera de sus propias mutilaciones. En cada episodio, a través de un personaje distinto, el novelista explora el misterio que encubre la figura del guerrillero o, como decía antes, los resortes humanos de la clandestinidad. ¿Por qué, de pronto, alguien toma la decisión de entregar la vida por la lucha revolucionaria o bien, por qué delata al amigo con tal de salvar la suya? ¿Qué clase de fibras humanas tocan estas experiencias que hoy, en México, han vuelto a estar a la orden del día?

La respuesta que ensaya Álvaro Uribe no es de orden estrictamente político, aunque también lo incluya. De *La lotería de San Jorge* se desprende una atmósfera de caos, de hastío rayano en el absurdo o en la insignificancia de los destinos humanos. A partir de la intervención del periodista extranjero que atestigua la desbandada final, la mentira de los comandantes, el crimen innecesario y la farsa en que se ha convertido el gobierno sandinista, la novela transmite un sentimiento de agobio, de desesperanza, de po-

bredumbre física y anímica, que sugieren un callejón sin salida frente al cual no queda sino un deseo: huir como quien corta de tajo la cabeza de una hidra.

Me asombra que la novela de Álvaro Uribe sea, a un mismo tiempo, ilocalizada y tan sugestiva de escenarios, situaciones y personajes absolutamente reales. Algunas imágenes de la Nicaragua sandinista me volvieron a la mente en el curso de la lectura: las concentraciones en la plaza de la Revolución con un podio atiborrado por comandantes, intelectuales sumisos y hasta actrices de telenovelas cuando el "rating" de los sandinistas comenzaba a declinar; los vociferantes y malolientes "internacionalistas" que, recién desembarcados de su tedio europeo, eran los más feroces defensores de un gobierno que los propios nicaragüenses criticaban con mayor conocimiento de causa; el desfile de los Mercedes de los comandantes que, solitarios y veloces, cruzaban veinte veces al día las mismas escasas calles de Managua; los poetas disfrazados de Che Guevara que, en las terrazas de los cafés, posaban con gusto y arte para la fotografía turística; los cuartos sin llave de los hoteles de gobierno para permitir un control de los invitados extranjeros; y más allá de esta fauna revolucionaria, las extraordinarias visiones de selvas, montañas, lagos y cráteres sobrevolados por chillonas manadas de loros verdes. Y también, en los mercados, en las esquinas, en las polvorientas calles, escenas insólitas, surrealistas casi, como la que abre y cierra la novela: el vendedor de lotería, un anciano "de cuerpo enjuto, vestido con un calzón de manta, una camiseta desleída, unos tenis flamantes y una gorra de beisbol", un ciego extraviado en las inmediaciones del Hotel Internacional.

Todos los países o las regiones sometidas a la revuelta política rebosan de imágenes o de personajes que se ofrecen como agüeros de

una situación difícilmente aprehensible para el espectador extranjero. Álvaro Uribe escogió a este viejo vendedor de lotería para cifrar la aventura narrativa que se propone desarrollar: es un ciego perdido en el polvo ardiente de una ancha avenida solitaria. ¿Habrá que concluir que ésta es su visión de la experiencia revolucionaria? Sin duda, pero también es la cifra de una desolación que recorre la novela, independientemente o más allá del fracaso de una ilusión política. *La lotería de San Jorge* es una novela triste, pero su tristeza no surge de la amargura, sino de la lucidez y una fundamental desconfianza hacia la pureza de los ideales humanos. ❧

DAVID MEDINA PORTILLO

LA SOMBRA DE LOS PERROS

De David Huerta

Aldus, México, 1996.

En 1987 David Huerta publicó *Incurable*, uno de los libros más desconcertantes en la historia de la poesía mexicana de los últimos años. Las casi cuatrocientas páginas del grueso volumen colocaron a su autor en el punto de una discusión en donde el elogio desmesurado caminó a la par del epíteto simplón, dicho al paso por quienes no quisieron ver en él más que un garabato extravagante. Pocos, muy pocos, atendieron a lo que en esas páginas había de experiencia radical y supieron, al mismo tiempo, mantener una razonada distancia crítica. Es innegable que la propia

naturaleza extrema del fenómeno condicionó la mirada errática del lector incluso habitualmente despierto; sin embargo, también fue verdad que gran parte de lo escrito, simplemente, se dejó contagiar por el trazo hiperbólico de *Incurable* persuadido, quizá, por un cariz de fértil rareza.

Quien quiera dar un repaso a todo esto —un verdadero suceso en la crítica de nuestros diarios y revistas, sólo comparable a la recepción que, en su momento, tuvieron algunos libros de Gerardo Deniz— encontrará los párrafos animosos de Christopher Domínguez, Eduardo Milán y Héctor Manjarrez, por ejemplo. También las observaciones a veces reticentes de Evodio Escalante y, en otra línea, un largo como puntual comentario de Aurelio Asiain, escrito por mano de quien acepta a trechos la solvencia poética del libro y, en seguida, argumenta con tino la causa de sus reparos. El efecto provocado por estas páginas de Asiain fue saludable, necesario ya que despejó un palmo de bruma; la suficiente para poder ver el perfil equívoco de *Incurable*, hijo vernáculo de una modernidad que, en este caso, ilustra uno de sus abismos: el mono gramático devorado por el homo rethoricus. Pero qué decir de una aventura cuyo despliegue se sabe condenado, desde el inicio, al fracaso. Más aún, de qué manera entendernos con una empresa en donde el pulso creativo integra su negación radical, esto es, que asume como "realización" última de una razón poética su propia ruina. Ese sigue siendo, hasta el momento, el problema sin despejar de *Incurable*. Sobre él descansa, creo, su carácter de gesto irreplicable y, de algún modo, su inhabitable soledad.

Historia, editado tres años después, parece un recogimiento de velas con el fin de recuperar la dimensión de una realidad menos agreste. Se trata de un conjunto de poemas tocados otra vez por la ver-

tiginosa capacidad asociativa del autor aunque, para los efectos del ejercicio con tema definido, anclada por los requerimientos de un vocativo amoroso que no admite distracción. En lo personal, confieso que *Historia* es uno de los últimos libros de este tipo que he leído realmente, sin escatimar posteriores relecturas. Me retuvo, por ejemplo, la contundencia de sus imágenes; la rápida enumeración que induce el espejismo creando un paisaje onírico, corporal o mental cuya temperatura torna inflamable casi cualquier cosa; su riqueza léxica, afectada por una adjetivación desconcertante que, a veces, actúa como un precipitado químico para lograr una posible simultaneidad de sentidos. No fui el único, claro, que visitó el volumen con beneplácito. Hubo gran cantidad de líneas que dieron cuenta del ingreso de David Huerta por un camino, decíamos, más amable. Incluso cabe pensar, con una distancia temporal de por medio, que con *Historia* su autor dejó de ser un problema de la crítica para volverse, en ese momento, objeto natural de lectura.

La apresurada referencia a estos dos libros sirve para enfocar un rasgo que aventuro definitivo en la evolución de David Huerta, a saber, el surgimiento de un perfil que promedia la regla de sus primeros títulos —concisos, formalmente impecables— frente a la voluntad, el poder aglutinante de *Incurable*. En este sentido, *Historia* es un primer adelanto, divergente de *El jardín de la luz* y, también, de la proliferación retórica que nace en *Cuaderno de noviembre*. Asimismo, *La sombra de los perros*, recién publicado en las envidiables ediciones que realiza Antonio Mendoza en Aldus, puede leerse como el siguiente episodio orientado en la misma dirección.

Dicho de manera sumaria, con ambos títulos se puede intentar un cruce de líneas sobre las cuales aparecerá dibujada un ansia idéntica

por fijar, mediante la sanción de unas cuantas imágenes, las fugaces apariciones de una realidad otra, por ejemplo:

Miro tu pie, su cara de migaja
en la retacería del camino.
Bello pie
como un bocado y una sala
del Museo; como
los destellos
del homicidio en medio
de la cabellera de la Virgen.
Pie virginal
en la rasante mordedura de la mañana,
[su ola
de fragancia

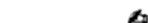
Sin embargo, hablo sobre todo de una aspiración formal compartida, que centra como objetivo el vigilado vuelo analógico ya que, en otros aspectos, dicha vecindad termina por anunciar sus contrastes. *La sombra de los perros* no posee, en este sentido, la eficacia poética de *Historia*. La razón está, creo, en que el nuevo volumen carece de toda disposición convincente; asimismo, no cuenta con esa clase de poemas redondos que, tal vez, hubieran salvado el escollo. Se trata más bien de una acumulación indistinta, seriada, en donde la huella difusa de cada poema se abandona a la suerte de una rápida evaporación. Y más que un libro de poemas, su autor nos ha regalado algunas imágenes aisladas, escasamente memorables.

Cuando se publicó *Historia* me convenció la idea de que con David Huerta estábamos frente a un poeta con una enorme capacidad de transformación. Lo sigo creyendo. Son contados quienes podrían salir ilesos después de un despliegue como el de *Incurable* y, acto seguido, escribir un libro del tamaño y la hondura de *Historia*. El callejón sin salida, por lo visto, no fue aquel libro de 389 páginas. El obstáculo está, más bien, en este pequeño libro cuya rutina me ha dejado perplejo. ❧

AURELIO ASIAIN

RETRATO DE ARQUITECTO CON CIUDAD

De Teodoro González de León



Artes de México/El Colegio
Nacional/CNCA, México, 1996.

¿Qué ciudad es la del título de este libro? La ciudad de México aparece en el fondo del cuadro pero, si miramos con cuidado, advertimos que en el horizonte del artista, es decir en el fondo de sus ojos, lo que aparece no es una ciudad particular sino una idea de la Ciudad hecha de muchas ciudades vistas, pensadas, leídas, imaginadas y soñadas. De ahí que el pintor evite hablar de un autorretrato: su tema es esa idea, nunca definida del todo —es precisamente un horizonte—, una vislumbre tejida de interrogación y deseo cuya gravitación imanta su mirada y sus ideas. Mirada reflexiva y fascinada por el juego de los reflejos en la que el gusto por el *trompe l'œil* no es sólo una manifestación del espíritu lúdico sino, sobre todo, un método crítico. Cambiar las perspectivas es cambiar la profundidad y el punto de vista.

Crítica de la visión y de aquello que la teje: la inteligencia y los sentimientos, pero también la memoria —mirar es ser memoria— y los deseos. González de León escribe desde sus pasiones y su inteligencia pero la materia de sus reflexiones no son las ideas abstractas sino las experiencias vitales e intelectuales. Es significativo por eso que insista en que la arquitectura es menos una profesión que un oficio y en

que lo esencial no está en la teoría sino en el taller. El taller, en este caso, de un memorioso poco afecto a la nostalgia y cuyo método —el cambio de perspectivas, ya lo dije— se funda en una crítica de la

memoria, en los dos sentidos de la expresión: crítica fundada en la experiencia y crítica de la propia memoria.

Libro político —pues ejerce la crítica de la Ciudad— este *Retrato*

de arquitecto con ciudad habla de arquitectura y urbanismo pero discurre animadamente por otros terrenos. De la crítica de arte a la reflexión histórica, del retrato de personajes a la historia de las ideas, de la evocación autocrítica a la exploración poética, su andadura prefiere el zigzag a la línea recta (contra lo que parece sugerir el diseño del libro, que elimina los puntos y aparte) y se pasea libremente sin respetar las bardas de la especialización y los compartimentos del saber universitario. Nada extraño, claro, en un artista que lo mismo traza planos y construye maquetas que pinta cuadros —mientras escucha por la radio una sonata, que ha reconocido al segundo compás.

El espectáculo —un artista en el taller, una mente en movimiento— es emocionante. Pero además es aleccionador. El autorretrato de Teodoro González de León es el de un creador cuyas obras materiales e intelectuales se sitúan siempre en el centro del espacio público y alientan el espíritu de la convivialidad, en el que las palabras y los signos se intercambian y se desgastan. Obra admirable —palabras concretas y concreto picado de pensamiento— que nos abre los ojos para limpiar-nos los oídos. ■

